

**Carmen Soto Varela, ssj**

**PROFETA EN TIEMPOS DIFICILES**

**Biografía de Francisco Butinyà i Hospital, sj**  
**Fundador del las Siervas de San José y de las Hijas de San José**

Portada: Plaza de la Constitución de Banyoles.  
Foto: Francisco X. Butinyà Carrera

Archivo fotográfico:  
Gaspar Domínguez  
Francisco X. Butinyà Carrera  
Siervas de San José  
Hijas de San José

Siervas de San José e Hijas de San José  
Secretariado P. Butinyà  
C/ General Asensio Cabanillas, 18  
28003-Madrid (España)  
Tlf: 91-5330997  
e-mail: [secretariadobutinya@planalfa.es](mailto:secretariadobutinya@planalfa.es)  
[www.hijasdesanjose.org](http://www.hijasdesanjose.org)  
[www.siervasdesanjose.org](http://www.siervasdesanjose.org)

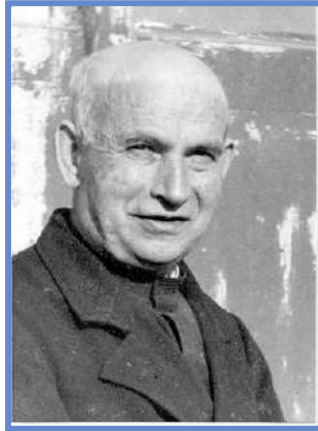
Depósito legal:  
Imprime: Imprenta Fareso, S.A.  
Paseo de la Dirección,5  
28039 Madrid

## INTRODUCCIÓN

---

*Yo no soy profeta profesional. Yo cuidaba bueyes y cultivaba higueras. Pero el Señor me agarró y me hizo dejar el rebaño diciendo: “ve a profetizar a mi pueblo” (Am 7, 14-15)*

Intentar narrar la vida de una persona es siempre una tarea difícil, pues supone tocar la tierra sagrada del misterio humano, experimentar la incertidumbre de algo que nos sobrepasa, pero a la vez, puede ser un espacio donde poder reconocernos en nuestra propia existencia.



Narrar una biografía es recuperar para el presente un trocito de historia, un espacio vital sonoro y concreto que se muestra ante nosotros/as como metáfora irreductible de una presencia, de una vida encarnada que evoca caminos inexplorados de lo humano.

Francisco Butinyà, sj

Poner nombre a las experiencias, voz a las decisiones y pies al caminar histórico de Francisco Butinyà es acercarse a un tiempo original cargado de promesas y frustraciones, es entender desde la mirada concreta de un hombre lo que fue su siglo. Los libros nos narrar los grandes acontecimientos, las líneas de interpretación de una época, pero recuperar la historia concreta de un ser humano es abrirse a una nueva

comprensión de lo real, hacer memoria existencial del pasado que nos toca y que no podemos olvidar. Es, en definitiva, conocer la vida de alguien concreto, anclado y limitado por su tiempo, pero, a la vez, capaz de interrogarlo, abrirle posibilidades y presentarlo de forma única e irrepetible.

Francisco Butinyà, a caballo entre el anonimato y el protagonismo, tomó en sus manos la realidad que le tocó vivir, supo hacerla avanzar, abrirle nuevos espacios, desde su peculiar dinamismo personal, audaz y comprometido. Su vida, más allá de las circunstancias concretas, se nos muestra como una metáfora significativa y original de su época. Desde ella supo intuir, soñar más allá. Su pasión por la verdad, su



dinamismo evangelizador y su búsqueda continua de respuestas a las preguntas significativas de su tiempo, lo impulsó

Plaza de la Constitución de Banyoles con valentía a la acción, a poner una palabra sincera en su entorno y su vida al servicio del evangelio.

Francisco Butinyà, sobre todo, fue un profeta y la profecía es un tesoro precioso en cualquier época porque nos impide conformarnos con lo que hay, desafía nuestra

autenticidad y nos impele a una reflexión madura y sincera de lo que nos toca vivir. El profeta desinstala nuestros principios, nombra a Dios de forma nueva y encarnada desde la seguridad de quien confía en la continua y radical novedad de Dios. Es esa continua presencia creadora que no nos deja fijar nuestra residencia, sino que nos invita a ir más allá de nuestras expectativas, que cuestiona nuestros valores y se hace compañera de camino infatigable, poniendo ante nosotros/as una nueva etapa, sin dejar que nos anchemos en la tranquilidad de nuestra existencia.

Hoy tenemos problemas nuevos, y quizá lo que él nos aporte no sean sus soluciones, ni orientaciones concretas, sino el horizonte desde donde mantuvo la pasión y el compromiso con su mundo, la hondura donde sostuvo su fe y los dinamismos interiores que le hicieron ser el que fue y le ayudaron a dar siempre un paso al frente ante los conflictos, carencias y novedad de su tiempo. Su testimonio puede encontrarnos hoy en esa encrucijada donde se encuentran la realidad y la utopía y recordarnos dónde están las auténticas raíces que sostienen los proyectos, nutren los ideales y refrescan la savia que da sentido a la vida.



## HIJO DE BANYOLES (1834-1853)

---

*¿No es este el hijo del Carpintero? (Mt 13, 55)*

Cuando el 16 de abril de 1834 nace Francisco Butinyà en Banyoles, una vital y laboriosa villa catalana de la provincia de Girona, hacía un año que había estallado una guerra civil que, sin ser generalizada en todo el territorio español, había puesto en evidencia los dos modos de concebir el presente y futuro del país y que va acondicionar las realizaciones, los cambios, y las iniciativas sociales, políticas y económicas de gran parte del siglo XIX.

A la muerte de Fernando VII, el nuevo régimen político en España, inspirado en las ideas emanadas de la Revolución francesa y que había tenido sus mejores frutos en la Constitución de 1812, apenas



había hecho sino dar sus primeros pasos. La anulación de la ley que prohibía el acceso al trono a las mujeres permitió a su hija Isabel heredar el trono. Una parte de la población española se niega a admitir esta novedad, apoyándose en los valores tradicionales y proclama rey a Don Carlos, hermano de Fernando VII. La confrontación estalla, dando lugar a lo que se denominará la primera

Tropas carlistas

guerra carlista. Este conflicto se prolongará intermitentemente a lo largo de todo el siglo, afectando de forma desigual al país, pero mantendrá viva la fractura ideológica entre quienes deseaban permanecer en el pasado y quienes apostaban por los nuevos tiempos.

En Banyoles la guerra se hizo presente en varias ocasiones, haciendo patente la separación entre un entorno rural conservador, que en general optaba por el carlismo, y la población de la villa, industrial y dinámica, que apostaba por el bando liberal que apoyaba a Isabel II.

En todo este ambiente de inestabilidad, crisis e incertidumbre crece Francisco en el seno de una familia trabajadora. Salvador Butinyà, su padre, era el prototipo de artesano catalán, emprendedor y luchador. Como todos los pequeños industriales de Banyoles, simpatizaban con ideas más abiertas. Su esposa, Teresa Hospital Bernich, procedía de una familia campesina de tendencia conservadora. Como la mayoría de las mujeres de su época, construyó su espacio vital en el anonimato del hogar, colaborando con el proyecto familiar desde la ternura y la laboriosidad.



Mujer siglo XIX

La familia vivía en la plaza de la villa, lugar privilegiado, lugar propicio para desarrollar su actividad artesanal y comercial. Ahí nacieron los diez hijos del matrimonio, de los que sólo llegaron a adultos cinco. Los años de infancia y juventud

de Francisco están marcados por el comienzo de la industrialización y los primeros intentos de despegue hacía la modernización del país. Los cambios que se van iniciando lentamente mejoran la calidad de vida de la población. Los avances médicos e higiénicos posibilitan el crecimiento demográfico y la paulatina mejora de los transportes terrestres van haciendo fluir el mercado con mayor dinamismo. La información de lo que ocurre lejos o cerca de las fronteras se va haciendo más habitual a través de la prensa, en los cafés, pero también en los hogares. El mundo se va haciendo más grande, pero también más conflictivo.



Artisanos/as siglo XIX

El primer espacio para comprender su trayectoria humana es el que se abre en la encrucijada del despertar industrial y los conflictos ideológicos culturales y religiosos que marcaron y definieron el caminar de su tierra catalana. El taller industrial que regentaba su familia se hacía eco del dinamismo productivo de aquellos años. Entre una concepción artesanal del trabajo y los nuevos vientos de modernidad que a Catalunya iban llegando desde Europa, la empresa de los Butinyà iba prosperando. En su pequeña empresa artesana alternaban la fabricación de sogas con tejidos de cáñamo y lino. Este trabajo lo realizaban en un telar



montado en casa, probablemente en el piso superior, quedando los locales de abajo para la comercialización. Toda la familia colaboraba en el trabajo con ayuda de trabajadores, preferentemente mujeres, algunas de las cuales hilaban en sus casas el lino para los tejidos. Esta escuela marcó la vida de Butinyà, agudizó su capacidad emprendedora y sus aptitudes para la mecanización y despertó su sensibilidad industrial.

Desde su temprana inserción laboral irá descubriendo el valor dignificador del trabajo y también los abusos que la naciente revolución industrial está generando, sobre todo con las mujeres. Una experiencia que lo marcará toda su vida, despertando su sensibilidad hacia las nuevas respuestas sociales que buscaban la mejora de



Monasterio (Banyoles)

la situación del proletariado y lo pondrá para siempre del lado del mundo trabajador pobre.

Su formación intelectual empieza en la escuela primaria y de Gramática del Banyoles, y luego, adolescente, en el seminario de Girona, donde aprendió a combinar su creciente interés intelectual con el compromiso con los más pobres. Estos años le ayudaron a ahondar en su experiencia espiritual, fueron definiendo sus intereses y enraizando lo que posteriormente serán los pilares de su personalidad.

Su formación religiosa se había iniciado en el hogar en un ámbito tradicional y devocional típico de su época, pero que él sabrá ir personalizando y relejendo a lo largo de su vida, lo que le ayudará a descubrir con audacia nuevos caminos para la fe.

Para Butinyà es esta una época de sueños cargada de esperanza y compromiso, pero también tocada por los tiempos conflictivos y contradictorios que le tocaron vivir.

*A menudo, fatigado por ocupaciones importantes, me recreaba con los recuerdos de mi infancia para retomar con más coraje y empeño el cumplimiento de mis cargos y estudios.*

*Cuando uno se encuentra en tierras lejanas, experimenta una gran dulzura al acordarse de su patria, e incluso el recuerdo de los juegos juveniles, produce tal gozo que anima el corazón agotado por la fatiga.*

*F. Butinyà, La venganza del mártir*

## LA ILUSIÓN DE UN PROYECTO (1854-1858)

---

*Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. (Gén 12,1)*

Francisco Butinyà, en medio del trabajo y el estudio, va tomando conciencia del mundo en el que vive, de sus carencias y posibilidades. Su experiencia de fe, fraguada en medio de la vida familiar y en el taller, y aquilatada en sus años de seminarista en Girona, se va configurando hacia la opción que va a determinar su horizonte existencial: la Vida Religiosa.



Catedral de Girona

A los 20 años decide entrar en la Compañía de Jesús. No fue para él una decisión fácil. Su entorno familiar se resistía a dejarlo marchar de casa, pues, tras la muerte temprana de su hermano mayor, él se había convertido en el “hereu”, lo que dentro de las tradiciones familiares catalanas suponía suceder a su padre en el taller y también en el hogar, asumiendo las responsabilidades de autoridad y cohesión de la familia que, en calidad de hijo mayor, le correspondían. Renunciar a este compromiso lo hizo compañero de camino de Abraham y Sara y de tantos hombres y mujeres que en cualquier rincón del planeta arriesgan sus

seguridades para hacerse cargo de una promesa que les precede y los/as empuja mas allá de los horizontes esperados.



Santuario de Loyola (Guipúzcoa)

Cuando el 24 de octubre de 1854 llega a la casa de Loyola, donde va a iniciar sus primeros años de formación como jesuita, los tiempos están revueltos. Un reciente cambio de gobierno acababa de llevar al poder a los liberales progresistas. La fuerte corriente anticlerical que generalmente acompañaba a los grupos más radicales comienza de nuevo a hacerse

presente en el país.

Hacia poco que en la ciudad de San Sebastián habían levantado una fuerte polémica las actividades pastorales que los jesuitas habían organizado, consideradas por algunos sectores de la capital como peligrosas y afines al ideario carlista, lo que llevó al gobierno a instar a la Compañía de Jesús a que trasladase su casa de formación de Loyola a Mallorca.

Francisco vive sus primeros meses de vida religiosa entre la incertidumbre y la espera. Por primera vez va a experimentar lo que supone asumir la

incomprensión sin violencia, ceder para no quebrar la convivencia, dejándose acompañar por Dios sin perder la confianza y la ilusión.

El traslado a Mallorca se realizará a comienzos de enero de 1855. Resultaba duro dejar aquella casa que había sido cuna de su fundador, Ignacio, pero no eran tiempos propicios para las nostalgias. El viaje será largo, 23



Catedral de Mallorca

días duró la travesía por mar, haciendo escalas en diversos puertos, donde siempre había amigos y compañeros que los acogían y animaban en el camino.

La estancia en las Baleares va a discurrir tranquila, a pesar de lo excepcional de la situación. Allí Francisco va a convivir con otros jóvenes que comparten sus mismas inquietudes y entre los que hará grandes amigos, como Juan Bombardó y Gració. La vida se reparte entre el estudio, la profundización en el proyecto de la Compañía, la oración y las actividades de ocio. La rutina diaria se rompe con algunos paseos por la ciudad, tertulias literarias que cultivan la imaginación y la sensibilidad de aquellos hombres valientes y entregados. Para Butinyà son momentos de disciplina y reglamento, pero también de reflexión, interiorización y utopía. El 24 de octubre de 1856 formula sus primeros votos como

jesuita, comienza para él un camino de compromiso e integración en un grupo humano y creyente, el de la Compañía de Jesús.

Los cambios económicos, los conflictos sociales y la inestabilidad política van configurando el perfil de un país que lucha por modernizarse, pero que no acaba de encontrarse a sí mismo. Entre frecuentes cambios de gobierno se van dando pasos de progreso, el ferrocarril comienza a ser parte ya del paisaje de una España todavía rural y empobrecida, el proletariado adquiere carta de ciudadanía y



El tren en el siglo XIX

comienza su protagonismo reivindicando sus derechos como trabajadores/as y nuevas creencias y búsquedas culturales amanecen en el horizonte.

A finales de 1856 se hace realidad la tan deseada vuelta a la península de la peculiar y nutrida comunidad en el exilio de la que forma parte Butinyà. Lo harán de forma escalonada, en un fatigoso viaje, primero en barco hasta Barcelona y luego en diligencia hasta Loyola. A pesar del cansancio y las vicisitudes del traslado, en el corazón de todos reinaba la alegría y la esperanza, quizá fuese posible ya un tiempo tranquilo para el estudio y la experiencia de Dios, pilares fundamentales para ahondar

la recién estrenada vida como jesuitas de aquellos novicios.

Desde la nueva situación Francisco inicia una fluida correspondencia con su familia a la que les trasmite sus experiencias, y desde la que se interesa por lo que a cada una y cada uno de los suyos les ocurre. Siente su cariño y preocupación, a la vez que les trasmite su confianza en Dios y su cercanía en la muerte de su hermano Andrés, que debe asumir en la distancia, pero manteniendo los estrechos lazos afectivos con los suyos. En sus cartas se percibe su cercanía y la espontaneidad que le caracteriza.

Corren por los pasillos del edificio de Loyola el entusiasmo y la decisión. Butinyà está cada día más contento en la vida que ha escogido, con ganas de comprometerse a pesar de las dificultades. Poco a poco se van incorporando otros jóvenes a la casa, que se queda pequeña, lo que motiva el traslado a Salamanca de los estudiantes de teología y filosofía entre los que se encuentra Francisco.



Ignacio de Loyola

Diez días dura el viaje al nuevo destino. Entre el traqueteo de la diligencia y el polvo va descubriendo este ilusionado catalán Castilla. Observa y se asombra del paisaje, de los amplios horizontes, de los colores, del intenso azul de su cielo.

Su asombro no es menor al llegar a Salamanca y habitar el edificio inmenso y majestuoso de la Clerecía. Todo le parecía casi inabarcable, se sentía pequeño entre aquellos muros cargados de historia y testigos de la vida de aquella señorial ciudad de gran pasado cultural, pero que en aquellos días apenas era capaz de recuperarse de los desastres causados por la guerra de la Independencia, las epidemias de cólera y las crisis alimentarias. La



La Clerecía (Salamanca)

población, dedicada especialmente a la pequeña industria artesanal y agrícola, apenas podía superar la pobreza y la vida discurría lentamente entre los pequeños barrios de gente sencilla y el entorno de la catedral y de la plaza donde emergía una burguesía provinciana y conservadora que luchaba por dinamizar la ciudad. Un mundo muy distinto al que conocía Butinyà en su mediterráneo natal, mucho más populoso y dinámico, emprendedor y de grandes horizontes.

El clero numeroso, pero empobrecido intelectualmente, era lo que había urgido al obispo a pedir a la Compañía de Jesús que se encargase de la formación de los sacerdotes, avalada por su gran tradición intelectual.



El edificio de la Clerecía, desde su construcción en el siglo XVII, había sido desamortizado en tiempos de Carlos III y recientemente había sido devuelto a la iglesia diocesana,

comenzándose a utilizar como seminario. La llegada de los jesuitas para hacerse cargo de la dirección del centro de estudios no es acogida con el mismo

*“Por ahora continúo estudiando matemáticas, repasando la filosofía, principalmente la ética, que nos enseña un Padre de la Compañía, dándonos las lecciones que él mismo va componiendo y que, al acabar el año, espera dar a luz. Las otras partes de la filosofía las ha publicado ya, menos la historia”.*

*F. Butinyà, carta a su padre, 14 de diciembre de 1857*

entusiasmo por todos los sacerdotes, muchos veían en su presencia una amenaza y una suplantación. Esto va a influir en la convivencia de los seminaristas y los miembros de la Compañía de Jesús, que va a quedar marcada por una cierta desconfianza y rivalidad.

Con todo, la vida académica es de gran calidad, con buenos y preparados profesores. Para Butinyà será un tiempo de estudio prolongado, adentrándose sobre todo en la filosofía y las ciencias experimentales. Son momentos de serenidad para asimilar el carisma ignaciano y los compromisos de su nuevo proyecto vital. Siente que encaja en el camino iniciado, está contento, a gusto en la Compañía y disfruta de sus estudios.

En la correspondencia con su familia, escrita en catalán, su lengua materna, manifiesta un gran interés por saber de su tierra, de los vecinos. Sigue de cerca los

avances del negocio de sus padres y los anima a que sigan manteniendo la fe viva, participando en las actividades de la parroquia y haciendo de su lugar de trabajo un espacio donde ganarse dignamente el pan y encontrarse con Dios. Las circunstancias, muchas veces adversas que le está tocando vivir, los acontecimientos y novedades que brotan en el entorno social y político que le rodea, van despertando con fuerza en él una espiritualidad anclada en lo cotidiano, a la vez sencilla y audaz, como la de aquel artesano de Nazaret llamado José, que desde la humildad de su pequeña historia supo abrir un nuevo espacio a la salvación desde su trabajo y la cotidianeidad de su vida.

*Después de 10 días de camino llegamos a Salamanca, a donde nos enviaban los superiores a repasar la Filosofía. Tuvimos un felicísimo viaje...*

*¡Qué llanos tan inmensos pasamos y vemos todos los días! Parece que se está a la orilla del mar sin ver dónde acaban tan extensas llanuras...*

*El colegio es tan grande que no me atrevería a correr por dentro sin miedo a perderme.*

*F. Butinyà, carta a sus padres, 25 de septiembre de 1857*

## **ENTRE EL PRESENTE Y EL FUTURO (1859-1869)**

*Lo antiguo ha sucedido y algo nuevo yo anuncio, antes de que brote os lo comunico (Is 42, 9)*

Al finalizar el curso de 1859 Butinyà fue destinado a La Habana para ejercer una labor docente e investigadora en el colegio de Belén. Esto supone la primera experiencia de trabajo desde la que comenzará a poner en práctica todo lo estudiado y profundizado en sus anteriores años de formación.

El espacio geográfico y social que acogió a Butinyà era un hervidero de problemas, tanto políticos como económicos. Cuba seguía siendo colonia española y mantenía un régimen esclavista como en los tiempos de la conquista. La corrupción estaba a la orden del día y la miseria de los pobres aumentaba. Las alianzas de poder entre los que poseían los recursos económicos buscaban frenar la ya imparable corriente emancipadora que había penetrado a través de los ideales de la Revolución francesa y de independencia de Estados Unidos. Los conflictos se sucedían y la metrópoli, acuciada por sus problemas internos, no era capaz de controlar la situación.



Cuba en el Siglo XIX





Colegio de Belén- La Habana (Cuba)

El colegio al que llega Butinyà está dirigido a las clases adineradas de la ciudad. En él ejercerá como profesor de Matemáticas, Física y ciencias naturales y trabaja en el Observatorio astronómico que el centro posee y que él mismo llegará a dirigir. Era un colegio bien equipado y en el que se impartía una formación actualizada y moderna. Junto a sus compañeros intentará armonizar la fe con los avances científicos que en esta época están revolucionando las creencias y los modos de ver la realidad, a la vez que comienzan a entrar en conflicto con la religión.

Estos años son para Francisco años de estudio e investigación, allí escribirá un tratado de mecánica, pero también de confrontación con la injusticia que genera la esclavitud y las desigualdades económicas. En este contexto se va curtiendo su sensibilidad, va integrando su pasión por la ciencia y una fe que va madurando al ritmo de su vida.

El 15 de agosto de 1863 se embarca de nuevo rumbo a España. Su destino es León, donde terminará sus estudios de teología en la facultad que recientemente se había abierto en el bello edificio del antiguo hospital de San Marcos. Allí, además de sus estudios, va a poder

realizar investigaciones arqueológicas junto a su admirado profesor, el padre Fita, con el que se inició en los trabajos de campo de diversos yacimientos romanos de la ciudad.

Su nuevo destino potencia su curiosidad intelectual y le proporciona espacios y materiales para ahondar en las diversas materias de estudio e incentiva su talento de gran buscador.



Colegio de San Marcos (León)

Pero este hombre, cercano ya a los treinta años, no es un simple ratón de biblioteca, sino un gran observador de la realidad, de sus contrastes y sus peculiaridades. En León descubre una tierra distinta, con una forma diferente de vivir y de afrontar la existencia. Los campesinos leoneses le sorprenden en su forma de ser, de acoger las dificultades, su carácter recio pero profundamente tierno, su sensibilidad, su corazón de oro como expresivamente comenta en una carta a su amigo y compañero de estudios Alsius.

Este encuentro despierta su preocupación social y su sensibilidad hacia lo popular. El es un hijo del pueblo, no un urbanita, y por eso enseguida conecta con el campo leonés, aunque sea significativamente diferente a lo que

él conoció en Banyoles. Sus descubrimientos sociales en Cuba se complementan ahora con la realidad rural castellana.

El 29 de julio de 1866 se ordena sacerdote, un



Campesinos siglo XIX

paso importante en su vida como creyente y como jesuita. El acontecimiento lo vive con mucha intensidad y se concentra lo más posible para que todo salga bien ese día. Después de su primera misa pasa unos días de vacaciones con sus

compañeros en un destartalado monasterio cisterciense en el valle de Sandoval.

El nuevo paso que ha dado en la Compañía al hacerse sacerdote le abre nuevos campos como evangelizador y creyente. Asume la responsabilidad de acompañar ejercicios espirituales, desde esa propuesta ignaciana de encuentro con Dios encaminada a iluminar el proyecto personal desde el seguimiento de Jesús. Explícita su misión propia como sacerdote en la celebración de los diferentes sacramentos, tanto en la iglesia propia como por los pueblos de León. Destacan entre sus tareas las confesiones, un sacramento que en su época suponía uno de los ámbitos privilegiados para ayudar a afianzar el proceso de fe. Comienza también su labor catequética con niños y adultos y mantiene con

ahínco su presencia en los lugares de frontera, como eran las cárceles y los hospitales, que generaban en su contexto tanta marginación y soledad. Toda esta actividad lo mantenía despierto a la realidad de su entorno y profundamente comprometido con los hombres y mujeres a los que estaba entregando generosamente su vida.

La Iglesia en su conjunto está siendo desafiada por la nueva sociedad que emerge fruto de los fuertes cambios que en este siglo se están produciendo a todos los niveles. La nueva clase burguesa, a la vez que proyecta ideales de igualdad y libertad, empuja una economía basada en el beneficio y



El siglo XIX y sus gentes

el progreso casi a cualquier precio. Los incipientes anhelos de democratizar el país se abren camino torpemente entre la incomprensión de unos y los radicalismo de otros. En medio de este ambiente y cada vez con más cohesión, el proletariado va alzando la voz ante la situación injusta que vive, reivindicando ser escuchado y defendido.

Esta transformación progresiva de la fisonomía del país, de sus anhelos y horizontes, tambalea el lugar que hasta ahora ocupaba la Iglesia y no será fácil acertar a encontrar una nueva ubicación desde donde dialogar con las tendencias emergentes y entenderse a sí misma. Los intentos son múltiples y de desigual resultado y más de

una vez se cede al pesimismo, al miedo ante las amenazas, buscando refugio en el pasado y apostando por una postura defensiva ante lo nuevo. Aunque también emergerán proyectos liberadores y sanantes, como el que protagonizará Francisco Butinyà a través de su reflexión teológica, su actividad pastoral y la fundación de las Siervas e Hijas de San José.

Su estancia en León va a constituirse en el espacio de gestación de lo que posteriormente van a ser los ejes transversales de su historia. Son años de apasionamiento y energía. A sus días le faltan horas. Recorre incontables pueblos predicando y acompañando a sus gentes, se entusiasma con sus investigaciones científicas, mantiene una fluida y cercana correspondencia con amigos y familiares.

Poco a poco se va enraizando en él una inquietud que lo va marcar profundamente, la necesidad de convertir la experiencia cristiana en una respuesta significativa y comprensible para el mundo obrero. Sus orígenes menestrales le hacen especialmente sensible a los anhelos, dificultades y esperanzas de los trabajadores



Revolta obrera

y trabajadoras de su tiempo. En Catalunya había conocido los difíciles inicios de la revolución industrial y no le eran ajenas las difíciles condiciones laborales a que estaban sometidos



hombres y mujeres en las fábricas. La dureza de la vida en el campo leonés le había impresionado también y comienza a buscar un modo de dar una respuesta creyente a todos aquellos y aquellas que tiene que ganar el pan con el sudor de su frente, apostando por una experiencia de fe que los sostuviese en sus angustias y alentase su esperanza.

La primera respuesta concreta que brota de su corazón y de sus manos es su obra “La luz del menestral” que estos años comienza a escribir. Con ella quiere proponer modelos de fe sencillos y cotidianos, narrar historias cercanas de gente trabajadora que supo comprender su experiencia laboral como lugar de encuentro con Dios.

El libro presenta a la Familia de Nazaret como modelo fundamental. La opción de Dios de encarnarse en un artesano fundamenta toda la espiritualidad que propone. Esta opción supone reivindicar la dignificación del trabajo manual por sí mismo, más allá del oportunismos políticos, pero desde un compromiso existencial con esa realidad.

*“Si os pudiese enviar las vidas de menestrales que tengo escritas, estoy seguro de que os gustarían mucho. Quizá el año que viene. Recuerdo que envié una lista al padre, pero era incompleta e imperfecta. Te quiero copiar otra vez las principales, para que veas que en todas las profesiones se puede uno hacer santo.”*

*F. Butinyà, carta a su cuñada Dolores, 10 de agosto de 1868*

Su vida en tierras castellanas no le impide seguir sintiéndose profundamente catalán y estar al día de lo que en su tierra ocurre. Conecta con el movimiento de la Renaxença, que lucha por la recuperación de la cultura catalana. Con artículos diversos colabora en la revista que este movimiento edita.

El verano de 1867 visita de nuevo su pueblo natal. Habían pasado muchos años desde que lo había abandonado, y todo había cambiado mucho. Bayonles seguía siendo la villa que él recordaba, sus calles, sus plazas, sus edificios. Ahí estaban sus amigos, sus recuerdos, sin embargo la creciente actividad industrial, las nuevas ideas, desafíos y problemas le hacen



Dolores Oller y sus hijos

experimentarla de forma diferente. En su casa también otro mundo se había inaugurado. La repentina muerte de su hermano Juan en 1864, y la de su madre dos años después, habían marcado el hogar con el dolor de la ausencia. Pero la realidad se impone, su padre se va haciendo mayor y junto a él ya sólo reside Dolores, la viuda de su hermano Juan, una mujer muy joven que tiene que sacar adelante a sus dos hijos, Martirian de apenas tres años de edad y Teresa recién nacida. Esta realidad le hace de nuevo tomar conciencia de su

responsabilidad de hijo mayor y busca ayudarles a afrontar las nuevas circunstancias y preocupaciones de la casa y del negocio.

Desde la distancia y a través de las cartas se implica en la vida de todos y cada uno de sus seres queridos. No duda pedir ayuda económica a la Compañía para que su hermana Antonia ponga una tienda cuando su marido la abandona para irse a América, o hacerse presente en el dolor de su hermana Teresa cuando a su marido lo acusan de un negocio fraudulento de monedas falsas. Pero será especialmente en la vida de Dolores donde se va a implicar más, busca alentarla, acompañarla en su vida de fe y ayudarle a ir organizando su vida, aconsejándola en la educación de los niños y en los cauces desde donde hacer progresar el negocio. Vive con mucha intensidad estos momentos familiares y se comunica con ella de forma entrañable y sincera.

La correspondencia con Dolores le va posibilitando la formulación de una espiritualidad del trabajo que se había empezado a fraguar en su espíritu, en su praxis y en su pensamiento. Ella es una mujer activa, metida de lleno en el trabajo familiar y de profunda religiosidad.

Butinyà se expresa espontáneamente con su cuñada, ha aprendido a quererla y a valorar su persona, su

*“Cuéntame a menudo tus buenos deseos, tus penas y alegrías, que en todo lo que es tuyo siento un gran consuelo.”*

*F. Butinyà, carta a Dolores Oller, 1 de marzo 1868*

coraje y resistencia. Dentro del estilo romántico de la época se muestra cercano e intimista, confidente y amigo.

En su acompañamiento espiritual busca la libertad de conciencia, frente a cualquier norma. La impulsa a no vivir de las apariencias, elemento tan burgués de su época, y a contar sólo con el criterio de Dios. Los valores fundamentales que le propone son la sinceridad y el amor. La anima a vivir la fe en medio de su trabajo cotidiano. No hay que esperar los momentos heroicos, cada pequeño momento tiene significado en el seguimiento de Jesús. Comienza a confrontar en la vida lo que está escribiendo en la Luz del menstrual. San José se convierte en un modelo cercano y cotidiano.

La estancia de Butinyà en León termina de forma precipitada al estallar la revolución en septiembre de 1868. De nuevo los jesuitas son enviados al exilio. El pensaba irse a Manresa para completar su formación jesuítica con la tercera probación, una etapa formativa que busca integrar la experiencia de fe y el proyecto vital. Es la etapa definitiva de la incorporación a la Compañía. Pero de nuevo los avatares políticos le cambian el rumbo.

Después de pasar unos días en el seminario de la ciudad, es enviado a Laon, cerca de París (Francia). El viaje lo hará en



Vista de Laon (Francia)

barco desde Portugal y a su paso por Catalunya puede hacer una breve escala en Banyoles, desde donde le acompañará Dolores hasta la frontera.



Mujer trabajadora

Lo que va conociendo de Francia le sorprende, hay cosas que le cuesta entender de este país, hay orden, pero la vida bulle con intensidad. En cada rincón descubre fuertes contrastes, ideas nuevas y, sobre todo, se encuentra con un mundo obrero muy activo, con clara conciencia de sus

reivindicaciones y decidido a buscar soluciones políticas a su situación. Con preocupación observa la dureza de la vida de las mujeres en las fábricas, ve los abusos que contra ellas se comenten, el exceso de trabajo y la falta de formación. Continuamente se pregunta cómo encontrarse con los hombres y mujeres que soportan tan duras condiciones laborales, qué palabra esperanzada puede devolverles la dignidad y ayudarlos/as a buscar caminos de justicia sin violencia.

En este espacio de interiorización y de cuestionamientos, vive sereno pero apasionado. Como respuesta a todo lo que bulle en su interior, a los desafíos que está afrontando su época con la llegada de la revolución industrial, comienza a escribir un nuevo libro, “Las Mitgdiadas”. Es una obra en catalán que quiere

dedicar a su familia. En ella intenta dialogar de corazón a corazón con la clase trabajadora y ofrecerle una alternativa a la utilización de la fuerza para reivindicar los derechos sociales. Él apuesta por un horizonte de felicidad distinto. En el fondo de su propuesta late el camino de las bienaventuranzas, un camino que denuncia la injusticia y el mal, pero que no se deja atar por la violencia ni las luchas de poder, sino que desde la misericordia, la sencillez, el compartir y el compromiso humilde y cotidiano es posible cambiar la historia y abrir un espacio de igualdad para todos/as. Desde un lenguaje cercano y popular narra pequeñas historias a través de las cuales va mostrando las actitudes y modelos que pueden ayudar a los trabajadores y trabajadoras a orientar su vida desde el seguimiento de Jesús de Nazaret.

Es consciente de que su mundo está cambiando y que surgen otros valores, pero el trigo se sigue mezclando con la cizaña y no es fácil caminar deprisa entre la niebla. Más allá de sus propios condicionantes culturales y personales, Butinyà está intuyendo una respuesta cargada de profecía. Está convencido de que el trabajo es un lugar



Arévalo

de encuentro con Dios y un derecho humano. Vive la certeza de sentirse sostenido en las buenas manos de Dios, arriesgándose a creer a pesar de las dificultades. Ese es su mensaje de esperanza:

apostar más allá de las evidencias.

Una cierta mejoría en la situación política y social en España anima a los jesuitas a regresar de forma discreta, entrado el verano de 1869. Francisco es enviado a Arévalo. En esta ilustre villa castellana se ejercitará como sacerdote. En medio de una vida sencilla y austera se integra en la vida del pueblo.

Apenas un año dura esta experiencia, en septiembre de 1870 es enviado de nuevo a Salamanca, ahora como profesor. Tiene treinta y seis años y está a punto de afrontar uno de los retos mas importantes de su vida. Desde su acción apostólica va a responder a uno de los desafíos mas importantes que la sociedad laboral decimonónica tenía planteados a la Iglesia.

*No tenía un momento de descanso...Perdí el apetito y el sueño; no pensaba más que en el consuelo de los pobrecillos... Los campos dan compasión. Como no siembran más que cereales, desesperan ya de coger ni siquiera lo que sembraron. El trigo ni ha nacido todavía. ¡ Qué miseria tan grande va a afligir aquel país si Dios no lo remedia! Los pobrecillos basta que oigan hablar de sus campos para que se pongan a llorar”*

*F. Butinyà, carta a Pere Alsius, 24 de abril de 1868*

## CUANDO LA AUDACIA SE ENCARNA (1870-1875)

*Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba,  
orienta bien tu corazón, mantente firme (Eclo 2,1)*

Su llegada a Salamanca coincide con la subida al trono de Amadeo de Saboya. Expulsada de España por el levantamiento de 1868, Isabel II abdica del trono sucediéndose diversos intentos de instaurar un sistema estable de gobierno en el país. La inestabilidad y el desconcierto son grandes. La confrontación entre tendencias políticas y sociales no ayuda a mejorar la situación.

En Salamanca, sin embargo, se vive una cierta tranquilidad. Las relaciones entre la Iglesia y el gobierno son buenas gracias al tacto político del obispo Lluçh i Garriga, un catalán abierto y dialogante, muy preocupado por la realidad obrera.

Francisco inicia en esta época de su vida una importante actividad científica y literaria. A través de la revista *Renaixença* se integrará en el movimiento catalanista, escribiendo artículos, dialogando con otros eruditos y escritores que están implicados en ese movimiento. incluso se aventura a escribir, en 1871, una obra de teatro sobre San Martirián, el patrono de Banyoles.



Lluçh i Garriga



El 15 de agosto de 1871 emite sus últimos votos en la Compañía. Es un hombre plenamente identificado con su vocación desde una personalidad libre, espontánea

y sincera. Se va a entregar con pasión y generosidad a la tarea encomendada desde su talante polifacético y emprendedor.



Bonifacia R. de Castro

Además de su tarea como docente e investigador, Butinyà se implicará junto con sus compañeros de comunidad en programar actividades, potenciar asociaciones y grupos en la iglesia de la Clerecía. Es un grupo de hombres entusiastas con los que Butinyà encaja muy bien y con los que puede compartir inquietudes y esperanzas.

Allí conoce Francisco a Bonifacia Rodríguez, una joven artesana que participaba de este espíritu de la Clerecía. Junto a ella va a hacer posible un aporte tremendamente profético y audaz para su época, que es la fundación de las Siervas de San José en Salamanca.

La Revolución Industrial, el crecimiento de las ciudades y la consolidación de la clase burguesa, posibilitaron una mayor oferta de trabajo fuera del ámbito familiar (fábrica, servicio doméstico, servicios...), lo que va a suponer un profundo cambio en la concepción del

trabajo y especialmente de la presencia de la mujer en el ámbito laboral.

A lo largo del siglo serán continuos los debates en torno a si la mujer debe o no ejercer un oficio y cuales son los niveles de formación a los que puede aspirar. En general, sólo la miseria parecía justificar la presencia de las mujeres en el trabajo asalariado y serán enormes las dificultades para ver reconocido su derecho a la educación y al ejercicio de una profesión.

Bonifacia es una mujer trabajadora que va a definir su horizonte vital desde su taller y en él va a fraguar un proyecto liberador y audaz en favor de las trabajadoras pobres de su tiempo.

Los diálogos, las búsquedas conjuntas, los sueños compartidos se suceden, unas veces en los encuentros en la Clerecía y otras muchas en los



Mujeres modistas

momentos en que Butinyà participa de los encuentros de la Asociación Josefina, creada en torno a Bonifacia, a la que con tanto cariño el va dando forma, colaborando en marcar y definir sus objetivos, en animar a nuevas chicas a que se unan. Está disfrutando de una realización inesperada, en un entorno sencillo, como a él le gusta, y artesanal, como el que disfrutó en su familia. Esta

experiencia que va descubriendo en la vida de estas mujeres le va ayudando a poner palabras y realidad a un proyecto que encarna la respuesta tantas veces intuida en sus escritos y en sus encuentros y que ahora puede encarnarse en la vida y futuro de Bonifacia Rodríguez y sus compañeras. Las invita a formarse como mejor recurso para dignificar su trabajo y su vida. Preocuparse por la mujer trabajadora es novedoso y supone leer los signos de los tiempos de forma audaz y comprometida.

En una ciudad lejana a la problemática laboral de las grandes fabricas, Butinyà descubre la necesidad de cualificar el trabajo de las mujeres, protegerlas contra los abusos que las amenazan: explotación, ausencia de valores, dureza de vida, que llevan a decisiones equivocadas. Un trabajo artesanal no regulado, un servicio doméstico explotador, un éxodo rural que colocaba a las chicas de ambiente rural en un contexto



Taller de Bonifacia en Salamanca

que no sabían manejar.

Su espíritu práctico y emprendedor no se contenta con la Asociación Josefina y propone a Bonifacia la fundación de una congregación religiosa.

Los ideales que en esos momentos estaba esgrimiendo un feminismo incipiente se van a recrear en un sencillo taller. Sin luchas políticas, sin protestas callejeras, el taller josefino está poniendo en pie

un proyecto de emancipación femenina, de dignificación de su trabajo. Con él no se alejará a la mujer del mundo laboral como deseaba el ideal burgués, sino que la sitúa en un espacio de trabajo saneado, donde se compartirán los bienes y los sueños. Un proyecto que confía en las posibilidades de autogestión femenina, que genera espacios de formación y brota de una propuesta creyente, hermanando oración y trabajo al estilo de Nazaret.

La propuesta se hace efectiva el 10 de enero de 1874, después del fracaso de la I República española, después del fracaso monárquico de Amadeo de Saboya. Son tiempos de huída más que de permanencia. Son tiempos de incertidumbre más que de osadía, pero son los tiempos propicios para los profetas: y juntos, Butinyà y Bonifacia, protagonizan un gesto simbólico incomprendido pero significativo, que superará sus propias expectativas y que está preñado de unas posibilidades que ni siquiera ellos intuyen, pero que se mecen en su interior.



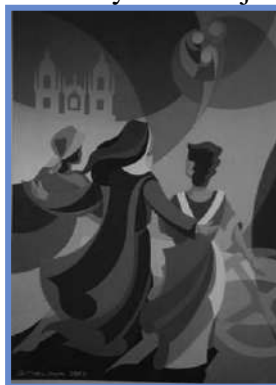
Ubicación del primer taller

En la fundación de las Siervas de San José plasma Butinyà una doble dimensión, se crea una intersección entre lo profano y lo sagrado, haciendo posible una nueva dimensión creyente que aúna lo que su sociedad quería desunir, Dios y el mundo. La propuesta de José como modelo marca la línea de espiritualidad, centrada en lo cotidiano, en la pequeñez de

las cosas ordinarias, tan valoradas en la correspondencia con Dolores.

El taller que nace en la calle Traviesa se enraíza en las posibilidades utópicas del socialismo, en la evocación familiar de Butinyà y en la realidad cotidiana de Bonifacia. Y va a responder a los anhelos sociales del trabajo, a la novedad de la nueva industria y a la mujer trabajadora y sus problemas.

Dentro de las posibilidades laborales femeninas se abre una puerta a la solidaridad con mujeres necesitadas de trabajo, como oferta de una dignificación que no ofrecía su entorno, capaz de autonomía económica y laboral y con un proyecto de compartir bienes, tanto con las de dentro como con familias necesitadas. Se hace pastoral vocacional y se construye un hogar para sirvientas desacomodadas. Una



Bonifacia y la mujer trabajadora.

Una Congregación religiosa que se gana el pan en el oficio sencillo de artesanas, colaborando casi imperceptiblemente en la construcción de un mundo diferente; una utopía encarnada en un sencillo lugar de una ciudad de provincias, en medio de las grandes cuestiones de su tiempo y en los enmarañados conflictos proletarios.

Esta fundación, lógicamente, será criticada en el tradicional y conservador ambiente salmantino, que

carecía de sensibilidad social. Esta oposición repercutirá de forma clara en el futuro de la Congregación, que va a estar azotada por vientos adversos que la desviarán de su rumbo y aislarán a su fundadora.

Butinyà es consciente de que inaugura una nueva forma de vida religiosa diferente de las antiguas. Por primera vez una clase social, la trabajadora, va a tener un papel en la Iglesia como organización religiosa, testimoniante del valor del trabajo profesional humilde en su estatus social y a la vez apóstoles de los mismos trabajadores desde la plataforma de un taller donde se fomentase la industria cristiana.

Las Constituciones que Butinyà escribe en 1874 para las Siervas de San José constituyen una utopía audaz. Un humilde lugar de trabajo se constituye en espacio privilegiado para vivir un proyecto de vida religiosa. Hermanando oración y trabajo se comprometen con la mujer trabajadora de su tiempo.

En medio de las luchas políticas y sociales estas mujeres inauguraban un camino aparentemente ingenuo

pero radicalmente evangélico.

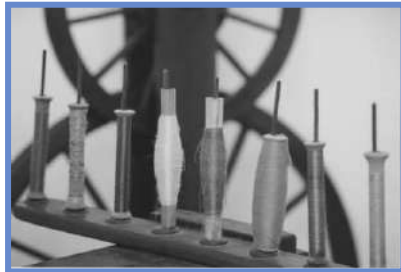
Seguir las huellas de Jesús trabajador en la pequeña aldea de Nazaret constituía su gran desafío.



Trabajadoras

Ganarse la vida

como artesanas las solidarizaba con muchas mujeres que se abrían paso en el duro e injusto mercado laboral. Soñar con abrir su taller a muchachas necesitadas de formación y empleo constituía el horizonte de respuesta a una sociedad que poco a poco se iba industrializando, pero en la que primaba los abusos y el dinero.



Detalle del Taller salmantino

Bonifacia y Butinyà comprendieron que no se trataba de competir con las grandes fábricas, sino de abrir espacios sencillos donde generar un espacio diferente donde dar trabajo y una formación profesional que posibilite un futuro e integre en la nueva sociedad a las acogidas del taller. Era la suya una intuición con mucha fuerza interna pero demasiado temprana para ser comprendida. Había demasiados prejuicios e ideologías que intentarían ahogar el intento.

Los comienzos fueron difíciles, había poco trabajo pero poco a poco, con mucha oposición, fueron dándole forma al proyecto. Butinyà quería hacer un taller moderno y eficaz, por eso van introduciendo máquinas nuevas que les faciliten el trabajo y les abran el campo de mercado.

La crisis de la I República a comienzos de 1874 reaviva las confrontaciones sociales e ideológicas. Los jesuitas vuelven a estar en el punto de mira de los grupos

que alcanzan el poder y de nuevo son expulsados. En los primeros días de abril de 1874 los jesuitas de la Clerecía deben abandonar la ciudad. Butinyà siente dejar la obra comenzada con tanta ilusión, pero el destino le ofrece un nuevo destierro. Sabía que la fundación todavía estaba inmadura y desde Poyanne (Francia), su nuevo lugar de residencia, les escribe dándoles nuevos consejos para caminar.

Este exilio dura tan sólo unos pocos meses y en octubre reside ya en Girona. Encuentra Cataluña muy cambiada. Hay en el ambiente una mezcla de decepción y expectación. Se percibe la desorientación en las diversas opciones políticas, en las que abundan los radicalismos y



Alfonso XII

la confrontación. El crecimiento económico e industrial mantiene abierto el abismo entre pobres y ricos. Progreso e injusticia parecen darse la mano en un presente dinámico que no quiere mirar de frente la miseria que deja a su paso.

Con el golpe militar de Martínez Campos en diciembre de 1874 y la vuelta de la monarquía con Alfonso XII se inicia un proceso de restauración y calma en el país. El equilibrio parecía recuperarse basado en la jerarquía social, la tradición y el orden. Las cuestiones pendientes, sin embargo, tendrán respuestas débiles y poco eficaces.





morales como de salud que corrían en los centros industriales, ponían en peligro la dignidad y la vida de las mujeres. Las respuestas, sin embargo, se limitaron más a reducir los abusos que a mejorar la calidad de la presencia de las mujeres en el espacio público del trabajo, facilitándole formación y mejores oportunidades. La mujer trabajadora y pobre en la doble vertiente de obrera y empleada en el servicio doméstico reclama la atención de Butinyà. Su indefensión, su



Casa Hijas de San José en  
Calella

falta de formación y la injusticia de la que es objeto le urgen a dar forma también en Catalunya a las Siervas de san José. Le escribe a Bonifacia para que vengan a Girona a fundar una nueva comunidad, pero las circunstancias aún precarias les impiden hacer el viaje.

En sus misiones evangelizadoras recalca a comienzos del 75 en Calella, un foco importante de industrialización y hacía allí encamina a María Comas y María Gri, dos artesanas pobres, muy religiosas, que se habían juntado con otras para vivir cristianamente su trabajo. Butinyà comienza a acompañarlas y les ofrece el mismo proyecto de vida que a las de Salamanca. Ellas iniciarán la experiencia el 13 de febrero de 1875. Trabajaban a jornal, hasta que, al incorporarse al grupo

Teresa Jover, muy hábil para el trabajo, se deciden a poner industria propia.

Butinyá siente dentro de sí la pasión del proyecto, los desafíos de lo nuevo y la alegría de poder continuar en su tierra la respuesta soñada. Sabe que Dios acompaña su camino, que potencia su generosidad y mantiene despiertas sus inquietudes. Sabio y emprendedor, va construyendo junto a la pequeña comunidad de Calella una respuesta sencilla y casi invisible a la mujer trabajadora y pobre de su tiempo.

*“Como en estos países hay muy poca industria, muchas chicas no saben qué hacer y se pierden. Para obviar tan gran mal, se ha establecido dicha congregación. Las monjas se llamarán Siervas de San José y sus casas Talleres de Nazaret...Ya hace tiempo que yo deseaba semejante institución; por tanto, recibí un gozo muy grande al verla establecida ”*

*F. Butinyà, carta a Dolores Oller, 7 de febrero de 1874*

## CONFIAR A PESAR DE LA TORMENTA (1876- 1886)

---

*Aunque a juicio de los hombres han sufrido un castigo, su esperanza estaba llena de eternidad (Sab 3,4)*

Con la restauración monárquica los jesuitas experimentan una fase de tranquilidad. Los años duros de exilios y confrontación parecían haber pasado. Se abría un horizonte de estabilidad y progreso que los diferentes gobiernos de la institución buscaron preservar reafirmando la autoridad y la cohesión entre sus miembros.



Sin embargo, esta nueva

Canovas del Castillo

etapa no se inicia sin conflictos. La audacia y valentía de los años anteriores de los miembros de la Compañía queda ahora limitada por la nueva normativa, y el conflicto entre carisma y obediencia se hace patente en la vida de muchos de sus mejores hombres.

Francisco Butinyà será uno de ellos. Su sensibilidad social y el proyecto emprendido junto a las josefinas se alejaba de los caminos más conservadores que la institución a la que pertenecía quería emprender. A pesar de su fuerte identidad como jesuita, sintió que la tierra se movía bajo sus pies. Su modo de leer los signos de los tiempos y de discernir el querer de Dios en su

contexto social difería del que se respiraba en las directrices de la Compañía.

En el día a día y como una sombra va experimentando la marginación y la desconfianza de sus superiores. Su franqueza y espíritu crítico comienzan a darle más de un disgusto, pero su libertad y audacia evangélicas le impedirán claudicar. No son tiempos para profetas en una Iglesia que busca la tranquilidad de tiempos pasados e ignora los desafíos que para la fe están teniendo los cambios que se están produciendo en el país.

La oposición de sus compañeros a que mantenga el compromiso con el taller josefino le produce mucho dolor e impotencia. No entiende por qué se le niega la posibilidad de apoyar una obra que ha nacido con y para las mujeres pobres y

a la vez le asusta pensar que mantenerse en su decisión puede llevarle a la expulsión de la Compañía. Pero la certeza profunda de que lo que tiene entre manos lo quiere Dios lo empuja a no temer arriesgarlo todo por mantener su compromiso con las/os más olvidadas/os.

A pesar de toda la confrontación e incomprensión que vive dentro de su familia religiosa durante parte del



Mujeres lavando en el río

tiempo de estancia en Girona, mantiene su apoyo y dedicación a la institución josefina.

A las jóvenes reunidas en Calella se va a unir muy pronto Isabel de Maranges, una mujer de la burguesía que ha hecho una opción por la clase obrera, haciéndose una trabajadora más. Su juventud, su bondad, su capacidad intelectual y su experiencia honda de fe la convierten en un pilar fundamental en el desarrollo y estabilización de las josefinas en Catalunya.

Butinyà intenta con su fundación potenciar la capacitación profesional de las mujeres pobres. Las casas que se van abriendo acogen a jóvenes sin recursos, dándoles trabajo en el taller y una formación adecuada que les abriese mejores



Isabel de Maranges

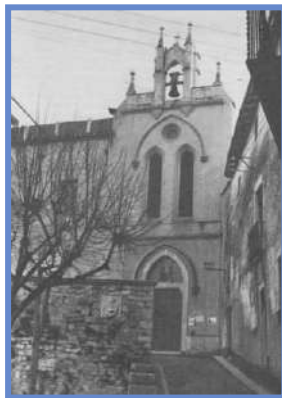
posibilidades de futuro. La educación femenina era todavía en esos años una cuestión pendiente en la sociedad española. Su acceso a la cultura era muy restringido y el nivel de analfabetismo era tremendamente elevado. La Iglesia, sobre todo a través de las congregaciones religiosas, iba respondiendo a esta carencia con colegios y escuelas dominicales, pero seguía habiendo muchas pobres que tenían que salir a buscar trabajo desde muy jóvenes y debían renunciar a aprender, lo que las hacía más vulnerables a los abusos y a la explotación.

Butinyà en estos años se emplea a fondo en la preparación y capacitación de las josefinas, que en su mayoría provienen de ambientes sencillos y sin muchos recursos. Las instruye en el manejo de las máquinas, las orienta en la búsqueda de mejores perspectivas industriales y las acompaña en su experiencia de fe. Se siente feliz a su lado y junto a ellas va ahondando la propuesta carismática.

En 1882, en el momento más álgido de su conflicto con la autoridad de la Compañía, es trasladado a Manresa. Llega a su nuevo destino en diciembre en medio de un día lluvioso y gris.

En la nueva comunidad lo van a adsorber las tareas propias de jesuita y sacerdote: la predicación y los Ejercicios Espirituales. Viaja de un lugar a otro, escribe, da conferencias, acompaña ejercicios espirituales. Su relación con las josefinas no

es tan intensa como cuando estaba en Girona, pero sigue pendiente de sus progresos. En 1879 había escrito unas nuevas Constituciones pensadas tanto para Catalunya como para Salamanca. Dos meses antes de salir de Girona le había escrito a Bonifacia proponiéndole la unión de ambos grupos, animándola a visitar Catalunya. Y así lo hace Bonifacia el 19 de diciembre. Este viaje va a ser para ella una mezcla agri dulce de sentimientos. Se



Casa de las Hijas de  
San José en Girona

siente acogida y disfrutando del crecimiento del instituto en aquellas tierras. Los diálogos entre Isabel, Bonifacia y Butinyà son fluidos y enseguida se entienden con respecto a la realización de la unión. Sin embargo, el regreso va a ser duro. En su ausencia habían ocurrido cambios significativos en su casa, la habían sustituido como superiora a instancias de García Repila, el director de la Congregación que junto a algunas de la comunidad deseaba otra orientación para el Instituto, más estable y segura. La noticia la recibe Bonifacia en Zaragoza, y se frustra así para las josefinas el sueño compartido de ser una sola Congregación.

Pocos meses después Bonifacia dejará Salamanca para irse a fundar una nueva comunidad a Zamora. Con



Santuario de Manresa (Barcelona)

su ausencia los cambios en Salamanca se aceleran y poco a poco se va orientando la fundación hacia la enseñanza, alejándose del carisma original. Mientras tanto

Bonifacia, entre el silencio y la esperanza mantendrá viva la utopía. Las Siervas de san José encarnaban un testimonio eclesial que las desbordaba, eran un signo profético en una iglesia cerrada y alejada de la clase trabajadora.



A pesar de los conflictos, Francisco Butinyà sigue



Vida cotidiana en los hogares  
trabajadores

firme en su empeño. El camino de la revolución industrial es también un lugar de Dios. La dignificación y la justicia son reto en las fábricas y los talleres. Lo ve cada mañana en la Iglesia cuando se encuentra con las jóvenes trabajadoras de Manresa que antes de acudir al trabajo buscan un espacio de serenidad y encuentro con Dios. Allí les habla e intenta transmitirle su convicción

de que es posible hacer del trabajo un espacio de liberación compatible con la fe. Él no es un luchador político, sino un creyente que desde la realidad dolorosa e injusta que percibe a su alrededor busca poner los medios, haciendo posible espacios diferentes que no esclavicen ni degraden a las personas, como los talleres josefinos.

Su vida está entregada del todo a anunciar la buena noticia el reino. Sube y baja por las empedradas calles de la villa visitando a los enfermos y enfermas pobres necesitados de consuelo y medicinas. No se acobarda en los largos viajes en precarios transportes para llegar a los más recónditos pueblos para compartir la fe y

la esperanza con campesinos y campesinas en su lucha diaria por salir adelante. Observa lo que le rodea, se asombra ante el milagro de la vida, comparte la mesa en las sencillas casas donde es acogido. En los ratos tranquilos, al calor del brasero, escribe sus intuiciones con trazo seguro, convirtiéndolas en pequeñas obras didácticas y sencillas que puedan dar a otros lo que él ha recibido.

Es un hombre maduro, consciente de la realidad, que no se deja abatir por la incomprensión que, a pesar de todo, sigue experimentando. Sabe que no son buenos tiempos para la Compañía, que está primando más la añoranza de tiempos pasados que la mirada crítica ante el presente. Desde la franqueza y sostenido en su propias certezas, en el corazón de la vida, busca que su institución dé lo mejor de sí misma en el momento histórico que le toca vivir.

Su familia sigue teniendo un espacio significativo en su vida. Sus sobrinos van creciendo y quiere ayudarlos a acertar en sus

*“Teresa me indicó deseabas que hiciera mucho frío; yo me figuré sería para vender más género de invierno, mas veo por ahora que Dios no te da por el gusto, porque si hemos de medirlo por el que aquí se siente, aunque algunas mañanas han sido bastante frías, no lo han sido tanto como otros años. Mejor para los pobrecitos, que este año con la escasez de trabajo son muchos más y no pueden calentar tanto el estómago. Sed vosotros muy generosos con los necesitados”*

*F. Butinyà, carta a su sobrino Martirián, 14, de enero de 1886*

opciones. Se mantiene al día en las grandes y pequeñas cuestiones del negocio familiar. A veces le hubiese gustado estar más cerca poder celebrar junto a su gente los acontecimientos familiares importantes y también participar en algunas celebraciones religiosas de su pueblo. Pero su tarea y compromisos se lo impiden.

Ha tenido que renunciar a muchas cosas, pero mantiene la esperanza y la pasión por lo que cada día le ofrece. En Manresa se aquilata su experiencia de fe. En medio de las contradicciones, los fracasos, las renunciaciones se sabe sostenido por el Dios de la vida y confía a pesar de todo, arriesgándose a creer más allá de las evidencias.

*“...siempre he deseado que los nuestros compartieran conmigo el cultivo de las josefinas...pero no sé por qué, siempre hallé las puertas cerradas...Me alegro pues y muchísimo de que dicho Padre ayude a este naciente instituto. Pero debe V. R. advertir que, siendo doble su fin, es decir, santificarse por medio de la piedad y de la industria religiosamente hermanadas, si para lo primero me puede sustituir con notable ventaja, no creo pueda hacerlo para acrecentar la industria como ellas necesitan para llegar a tener la vida que se desea. ”*

*F. Butinyà, carta a al P. Provincial, 26 de agosto de 1882*

## **POR LAS SENDAS DE LA SABIDURIA (1886-1899)**

*Que no te abandonen la bondad y la fidelidad, cuélgatelas al cuello, escríbelas en la tablilla del corazón (Prov 3,3)*

En 1886 deja Manresa para instalarse en Tarragona. Al principio no entiende muy bien el porqué del cambio. En los últimos años se había mostrado muy crítico con algunas posturas demasiado espiritualistas y acomodaticias de algunos de sus compañeros y siente que el traslado es síntoma de que sus superiores no se acaban de fiar de él. Pero, fiel al espíritu ignaciano, hace una nueva apuesta en fidelidad y va encontrando poco a poco su lugar en la nueva residencia y en la Compañía de Jesús. El cambio de talante en los miembros del gobierno de la Institución, más dialogantes y abiertos, le permite más libertad



Catedral de Tarragona

La Iglesia española vive momentos conflictivos en estos años. Enfrentada a la modernidad y añorando el pasado, no acaba de encontrar su lugar. Las brechas sociales que la industrialización estaba provocando no reciben de la comunidad eclesial sino una insuficiente respuesta, condicionada por una mentalidad mayoritariamente conservadora y asistencialista. Sólo a

partir de los años 90, impulsado por las directrices de la encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*, el catolicismo español comienza a tomar conciencia y a reivindicar soluciones para la situación del mundo obrero.

Butinyà

engancha

nuevamente con las inquietudes de su tiempo, reacciona, se compromete, reflexiona, desde el pequeño espacio que habita abre sus manos y su mirada



Transporte de la época

al mundo que le rodea. Los años le han dado serenidad y comienza a vivir más integrado, pero con el mismo entusiasmo y dedicación de siempre. Se convierte en un predicador brillante, de estilo directo y sencillo. Recorre los pueblos de la región sin miedo al frío ni a las posibles manifestaciones anticlericales, que más de una vez lo salpican en sus recorridos apostólicos.

Es un hombre culto, con una mente lúcida y amante de la ciencia, que, sin embargo, disfruta en el encuentro con la gente sencilla, que busca estar cerca de los obreros y pone ahínco en hacer felices a los y las que le rodean. Tanto en sus publicaciones como en su palabra busca llegar a la sensibilidad de quienes más necesitan una palabra de aliento. Sabe valorar las cosas pequeñas y disfrutar con los encuentros cotidianos.

En estos años puede alegrarse con el crecimiento de las josefinas en Catalunya. Siente, sin embargo, la soledad de Bonifacia en Zamora y le cuesta entender el silencio de la comunidad de Salamanca, pero deja que la historia vaya haciendo su camino a pesar de las dificultades, y anima a Bonifacia a continuar perseverando en el empeño. En 1891 Butinyà redacta la petición a Roma para la aprobación pontificia del grupo de las josefinas catalanas. Lejos quedan los deseos de unión con Castilla, pero la obra ha de seguir adelante.

El 17 de octubre de 1894, cuando iba a leer su ponencia en el cuarto congreso católico nacional, se siente enfermo y no puede pronunciarla. A partir de este momento comienza a debilitarse su salud, aunque seguirá trabajando incansable. En el otoño de 1899 comienzan a fallarle las fuerzas y progresivamente se va silenciando su voz y se van parando sus piernas. Pero su debilidad le hace sentir con fuerza el cariño de los suyos. Su comunidad, su familia, las josefinas le devuelven con su presencia y cariño la bendición que siempre él ha sido para ellos/as.



Francisco Butinyà

Al final todo fue muy rápido para un luchador incansable como él. Muere el 18 de diciembre de 1899 en

un día lluvioso, pero recorrido por la brisa suave del cariño de quienes tanto había amado.

Fue un hombre de una pieza, jesuita y fundador, profeta audaz y valiente. Su huella imborrable permanece en su historia y en su pluma. Una huella que abrió senderos inexplorados para el evangelio en un tiempo difícil y turbulento. Fue un hombre de su tiempo y un creyente que supo transmitir a ese Dios presente en la historia humana como fuente de vida en medio de las aspiraciones, conflictos y modos de pensar que constituyen la realidad de cada generación.

*“Si cree que esto va a levantar tal tempestad con peligro de zozobrar, pueden echarme a la amar, que no rehusó ser anatema por los pobrecito”*

*F. Butinyà, carta a Fermín Costa, 21 de junio de 1883*

## PUES ERA UN PROFETA

---

*Lo que escuchaste ya lo ves ¿no lo vas a anunciar? (Is 48, 6)*

Al final, nos hemos encontrado con un hombre que entregó su vida por la causa del Reino. Su historia se alza como una voz potente que desafía las inercias y nos invita a apostar por una fidelidad que supere cualquier obstáculo, apostando más allá del miedo o de la impotencia.



Capilla de la casa-museo de Butinyà  
en Banyoles

Con su palabra anunció un nuevo rostro de Dios, en un tiempo y una época que parecía dejarle escapar. Su mirada intuyó nuevos espacios de compromiso, que preñaban en su seno una nueva inculturación para el evangelio en medio del mundo trabajador y pobre.

Con sencillez pero con pasión fue jesuita y fundador en el corazón de una iglesia temerosa de lo nuevo. Su honestidad y su amor a la verdad hicieron difíciles algunos momentos de su vida, pero su empeño diario, su compromiso con los/as mas pobres y su generosidad al poner sus dones al servicio de los/as



demás cambiaron el mundo, aunque muchos/a no lo percibiesen.

Emprendedor, sabio y peregrino incansable de la palabra de Dios, Francisco Butinyà se dejó seducir por aquel hogar sencillo y cotidiano que Jesús, María y José hicieron posible en Nazaret y allí encontró una respuesta creyente para los trabajadores y trabajadoras de su época.

Como Jeremías o Amós, su palabra y su praxis se hicieron también acción simbólica. El taller josefino dijo más allá de cualquier discurso que una vez más Dios ponía en manos de la humanidad su respuesta salvadora. En él se encarnaba una manera de vivir y de entender el mundo, en medio del trabajo diario, la convivencia y la solidaridad. Su aparente insignificancia quebró los grandes discursos y devolvió la dignidad a los hombres y mujeres que ganaban el pan con el sudor de su frente.

El trabajo y la oración hermanados fue la constante en su vida que dejó como herencia a la familia josefina. Sus manos acariciaron igual la máquina que la pluma, acompasando su corazón al ritmo de Dios.

Fue un intelectual moderno, un jesuita austero, un catalán comprometido con su tierra y su gentes, siempre abierto a aprender en cada encuentro, en cada conversación, en cada viaje.



Pere Alsius, intelectual y amigo de Butinyà

Vivió con valentía, no temió el oleaje de la historia, ni se encogió ante los retos a los que su época se enfrentaba. Buscó respuestas con audacia y no se dejó atrapar por las seguridades inmediatas.

Fue un profeta en tiempos difíciles, al que hoy podemos seguir escuchando en los nuestros, no menos revueltos y sorprendentes que los suyos. Su biografía, sus escritos, su actuar, más allá de las concreciones culturales y existenciales que lo marcaron como persona, quizá puedan iluminar nuestro horizonte humano y animarnos a poner nuevas voces a la experiencia de Dios que nos habita y a llenarla de compromiso en

los pequeños espacios cotidianos que hoy compartimos, en medio de los desafíos y las urgencias que el complejo, difícil y apasionante mundo en el que vivimos nos plantea.



Cripta de F. Butinyà en Girona